

**Rituales satánicos y canibalismo industrial. El horror
más oscuro de Tarik Carson**

*Satanic rituals and industrial cannibalism. The darkest
horror in Tarik Carson*

Marcelo Damonte Luzi

Consejo de Formación en Educación, Montevideo, Uruguay
marcedamonte2014@gmail.com
ORCID: 0000-0003-2462-6887

Resumen

El artículo busca mostrar ese lado de la obra del escritor uruguayo Tarik Carson da Silva, que se enfoca en temas como lo esotérico, lo satánico y el canibalismo, este último vinculado especialmente en su relación con la industrialización mercantilista del cuerpo del ser humano. Para ello el trabajo hará referencia a cinco cuentos de *El hombre olvidado*: “Ogedinrof”, “Inferencias sobre Pérez Loid”, “Demasiado humano”, “El hombre olvidado” y “Un sueño viejo y oculto”. El horror que produce el control y el abuso ritual de los cuerpos, los castigos corporales, la matanza para el consumo, son temas que se repiten en *El hombre olvidado* (1973), a veces emparentados con la literatura de ciencia ficción de cuño distópico, otras veces con la literatura fantástica o de horror. En *El hombre olvidado* el autor parece dar rienda suelta a un intento doble: de mostrar las debilidades del género humano y colisionar con él. Desde ese lugar, los cuentos a) cuestionan los principios constitutivos morales, éticos, sociales y políticos del hombre, b) dudando de sus posibilidades futuras como especie. Estos cuestionamientos ponen en tela de juicio todo un sistema de valores que, desde la ficción, muestra la cara más enfermiza del “animal” humano.

Palabras clave: satanismo, canibalismo, horror, sociedad, Tarik Carson

Abstract

This article seeks to show that side of the work of the Uruguayan writer Tarik Carson da Silva that focuses on issues such as the esoteric, the satanic and cannibalism, the latter linked especially in its relationship with the commercial industrialization of the human body. For this, the work will make reference to five stories from *El hombre olvidado*: “Ogedinrof”, “Interferencias sobre Pérez Loid”, “Demasiado humanos”, “El hombre olvidado” and “Un sueño viejo y oculto”. The horror produced by the ritual control and abuse of bodies, corporal punishment, and the killing for

consumption are themes that are repeated in *El hombre olvidado* (1973), sometimes related to dystopian science fiction literature, others with fantasy or horror literature. In *El hombre olvidado* the author seems to unleash an attempt to show, in a double movement, the weakness of human and also collide with the human race itself. At the same time the stories seeks: a) to question its constitutive principles; and b) doubt their future possibilities as a species. These questions raise doubts on a whole system of values that, from fiction, show the most terrible face of the human “animal”.

Keywords: satanism, cannibalism, horror, society, Tarik Carson

Fecha de envío: 27/2/2022 **Fecha de aceptación:** 20/5/2022

La narrativa de Tarik Carson da Silva (Uruguay, 1954-2014) desarrolla una variedad de temas que van desde la ciencia ficción y la literatura fantástica a experiencias literarias con las raíces más oscuras de la literatura esotérica u ocultista, el horror, los rituales satánicos y el canibalismo industrial. Algunas influencias asociadas a nombres como el de Aleister Crowley (*La Bestia 666*), George Gurdjieff o Alexander La Vey —entre algunos de los autores destacados de la vertiente esotérica más oscura del pensamiento occidental de los siglos XIX y XX— convergen para este artículo con tópicos literarios como el canibalismo ritual, el satanismo, el horror social, el control y abuso de los cuerpos o los castigos corporales. Estos parentescos pueden notarse en el libro *El hombre olvidado* (1973). Allí, fuerzas demoníacas, las ceremonias diabólicas, el sexo abusivo, el vampirismo, el bestialismo, la ingesta de carne humana, la persecución, la tortura y aniquilación del ser humano son algunos de los subtemas que predominan, en un gesto con el cual el autor parece querer dar rienda suelta a un intento de colisionar de lleno con el género humano, o por lo menos mostrar sus debilidades con un doble movimiento: a) cuestionando sus principios constitutivos morales, éticos, sociales y políticos; b) dudando de sus posibilidades futuras como especie, con base en el autoexterminio, la autodevoración/aniquilación del cuerpo “humano”.

Cabe decir que llama la atención (de ahí los estudios y un gran número de trabajos implicados con este artículo) que la obra de Tarik Carson carece, prácticamente, de abordaje crítico literario especializado, a excepción del ensayo *Tarik Carson. Una teoría de la amenaza* (Damonte, 2019), algunas notas periodísticas y un

par de artículos académicos, breves antecedentes de los que doy cuenta en el ensayo mencionado anteriormente (Damonte, 2019, p. 16). También es preciso agregar un artículo realizado por el autor de este artículo, publicado en el libro *Inmediaciones de lo distante. Estudios sobre ciencia ficción en la literatura americana*, denominado “La trampa de la continuidad–contigüidad y la crisis del espejo. Dos cuentos de Cordwainer Smith y Tarik Carson” (2020). En ese sentido, difundir la importante e innovadora obra de este autor uruguayo tan poco difundido y reconocido fue y es la motivación principal que dió inicio a mi investigación en 2014, cuando comencé a recopilar la obra narrativa del autor en ambos márgenes del Río de la Plata (Argentina y Uruguay), para ahondar en su análisis crítico y, asimismo, recuperarlo para la literatura latinoamericana y uruguaya, reivindicarlo como escritor de ciencia ficción, de lo fantástico y lo monstruoso, de lo siniestro y el horror más oscuro. Como lo evidenciará la bibliografía teórico-crítica utilizada para este trabajo, los aspectos que fundamentan estos estudios son los que refieren a la ciencia ficción, la literatura fantástica y de horror, la distopía, el canibalismo y el tema del empoderamiento de los cuerpos humanos, así como también algunos estudios adyacentes relacionados con las doctrinas esotéricas y el ocultismo. Más allá de la discusión que pueda asentarse en cuanto a la mayor o menor pertenencia de la narrativa de Tarik Carson con respecto a una u otra filiación genérica, lo interesante resulta en discutir a un autor que, por algún motivo, y pese a su interesante producción en ambos márgenes del Río de la Plata, ha recibido un mínima atención por parte de la crítica literaria de la región.

Para dar ejemplo de estos temas en la narrativa de Carson, no solo de ese aspecto del canibalismo industrial, sino también del lado más oscurantista y satánico y de sus vínculos con la distopía y la ciencia ficción, haré referencia a cinco cuentos de la compilación (en total son seis) de relatos: “Ogedinrof”, “Inferencias sobre Pérez Loid”, “Demasiado humano”, “El hombre olvidado” y “Un sueño viejo y oculto”. Comenzando por el primero de ellos, en el cuento “Ogedinrof”, publicado por primera vez en 1970¹, hay dos temas principales, cuyo efecto, pese a referirse ambos al valor de la humanidad, resulta por lo menos antinómico, en lo que atañe a lo que por normativa o estandarización consideramos una ética, una política, una moral social humana y lo que no. El primero de los temas es el de una sociedad futura organizada como un Comité, en la cual unos pocos varones actúan como reproductores perfectos, luego de haber sido sometidos a unas rigurosas pruebas de selección, para el mejoramiento de la raza humana. A este procedimiento se lo denomina en el cuento “El mecanismo, alma de la especie pura”.

Entonces, a los dieciséis años los muchachos son llevados al Centro Popular Médico; allí se les hace tener contacto sexual y se los examina cuidadosamente desde los dedos de los pies (ya palmípedos en vista y previsión de la caída de la cuarta luna) hasta la tendencia a la calvicie, o el atrofiamiento de orejas, o la reducción testicular. De modo automático le inoculan el 99 por ciento de un descubrimiento que los deja estériles. El perfecto es el único que fecundará (Da Silva, 1973, p. 20).

En esta cita puede leerse entre líneas (y no tanto) la ley nazi de esterilización que Hitler preconizaba en *Mi lucha* (*Mein Kampf*, 1925-1926), e incluso, con anterioridad, la propuesta de Binding y Hoche en 1920 del asesinato de la “gente sin valor” (Lugmayr, 2008). La eugenesia, el futuro reproductor y el control genético de la especie humana son temas que desbordan hacia la actualidad, pero ya en 1973 hacían correr filas de tinta en la academia científica de todo el mundo y, por supuesto, en la literatura. Esto quizás no especialmente en la del Río de la Plata de Tarik Carson, donde el aparato “normativo-prescriptivo”, jurídico e institucional monitoreado por la prensa de las dictaduras militares uruguaya y argentina (Carson las vivió las dos) y sus derivas ocupaban la casi totalidad de los espacios de difusión locales. Asimismo, no hay que olvidar que las dictaduras militares de la región estaban relacionadas con un aparato de represión que involucraba el control y la vigilancia de los ciudadanos, un comportamiento sectario que separaba una clase de personas de otras, el secuestro, los castigos corporales y rituales de desaparición y asesinato (por ejemplo, el Plan Cóndor²). No es difícil observar el matiz distópico de “el más malo de los escenarios posibles para el hombre”, la distopía, como la ve López Keller: “no se trata de una forma de vida justa y verdadera, sino de sus contrarios, injusta y falsa. Ya no es el ideal que se propone como modelo a alcanzar, sino la realidad indeseable que se ve como posibleo, incluso, probable” (1991, p. 13). Todo esto puede leerse en *El hombre olvidado*, particularmente en su relación con las metáforas del canibalismo, el vampirismo, el oscurantismo y el maltrato del cuerpo vinculados al socio alegórico de las dictaduras militares en el Río de la Plata. El ambiente que rodea al ser humano en el *El hombre olvidado* es el de un mundo distópico, como el que hoy en día forma parte de muchas de las narrativas cinematográficas de ciencia ficción. Si la distopía es “el peor de los mundos imaginables” (Saldías, 2015, p. 49), “un mal lugar en las prácticas sociales” (Dei, 2008, p. 91) o un futuro horrendo que denuncia los “desarrollos perniciosos de la sociedad actual” (López Keller,

1991, p. 15), hay que subrayar que esta idea de mundo en la cual los cuerpos humanos son manipulados, esterilizados, despedazados, violados, torturados, estigmatizados, es la que colma los cuentos “Ogedinrof” y “Un sueño viejo y oculto”, muy especialmente, pero también, aunque quizás en menor medida, el resto de los cuentos del libro.

El futuro de los cuerpos biológicos humanos y su existencia en la Tierra es aquí un tema principal. Los cuerpos son “lugares de resistencia y experimentación de posibles presentes y futuros”, se dice en el prólogo de *Suturas y fragmentos. Cuerpos y territorios en la ciencia ficción* (Constant vzw³, 2004, p. 4), así como también un “campo de posibilidad de las acciones y como tal, territorio en disputa del poder” (Antón y Damiano, 2010, p. 35). Manipulación genética humana y de alimentos, clonación, transconcienciación, perfeccionamiento de organismos simbiotes, vida artificial, en tanto “combo” de “mejora humana”, desde Galton⁴, pasando por los neomalthusianos⁵, Spencer⁶ y Hitler⁷, forma parte fundamental ritual del constructo narrativo de *El hombre olvidado*. Un ritual porque se trata de eso, de una *performance*, una parodia, un gesto crítico hacia el hombre y sus búsquedas, experimentos y derivas sociales, y en el fondo un intento de explicación a algunas actitudes y formatos del accionar humano. Este ludo (y nudo) crítico que juega con la idea del mejoramiento o perfeccionamiento de la raza humana parece intentar todo lo contrario: cuestionar al ser humano, e incluso acusar sus posibilidades de supervivencia comunitaria como especie.

El canibalismo es otro de los grandes temas de la narrativa de Carson de *El hombre olvidado* y, especialmente con respecto a los cuentos tratados aquí, es posible afirmar que no se trata simplemente del canibalismo ritual que puede situarse desde la perspectiva antropológica, sino que presenta una faceta más utilitaria, de corte capitalista, de consumo comercial, que delimita un lugar, una función específica a cumplir por el “ser humano” del futuro: el sacrificio (la carneada), la elaboración e ingesta de carne y vísceras humanas con proyección a un futuro utilitario y productivo de la carne del ser humano en términos de industrialización. En realidad, son dos las funciones, como en la antropofagia de Oswald de Andrade (2008): la del devorador y la del devorado.

Una pregunta fundamental que subyace a este carácter de consumo de la carne, del cuerpo humano, sería: ¿cuál es el lugar de los cuerpos humanos? ¿Cuál es la idea que genera o representa el hecho de contribuir con su carne a cierto desarrollo abyecto de la sociedad? Enmarcada en un amplio y corrupto sistema de referencias moral, ético, emocional, político, social y cultural, esta cara “comestible”

y utilitaria del cuerpo humano es la que muestran algunos de los cuentos de *El hombre olvidado*. También podríamos hablar del lado “descartable” o, mejor dicho aún (como sucede con las vacas, las ovejas, los cerdos, las cabras, los conejos, los pollos, los caballos y otros animales), del lado “productivo” del ser humano, que puede ser devorado por sus pares como producto de consumo básico, como mercancía y material alimenticio. Esta circunstancia de la utilización del cuerpo del ser humano comprometida con estos relatos de T.C. es la que he dado en llamar “canibalismo industrial”.

En *El hombre olvidado*, Tarik Carson parodia el proceso que cumple la carne de los animales en los frigoríficos y mataderos:

Dos o tres, los que no huyen y no delatan, fueron allí colgados patas arriba y degollados a golpes secos en la yugular, como antiguamente tratábamos a las ovejas. Así fueron a las envasadoras los primeros de esa tanda. Lo mismo pasó con los perseguidos. En el monte agreste se perdieron y aislaron uno a uno, y los primeros cautivos delataron a los segundos. Los arreamos, y allí, como símbolo, fue sacrificado el jefe de los resistentes; lo cuereamos y le quitamos las vísceras, le atravesamos un palo puntiagudo en el culo que le salió por la boca. Tras esos días famélicos su carne asada nos supo deliciosa (1973, p. 17).

Esta clase de deriva literaria la podemos observar en antecedentes como el relato, no menos grotesco y paródico, de Jonathan Swift en “Una propuesta modesta” (1729). Allí se proponía una comercialización e industrialización de la carne humana, sobre todo de los bebés y los niños, para alimentar a la población británica hambrienta. También en el Río de la Plata se sugieren cosas emparentadas con el valor de la carne y la “humanidad”; por ejemplo, en *El matadero* de Esteban Echeverría (1871) y, en términos más explícitos y asociados a este trabajo, en la novela de Agustina Bazterrica *Cadáver exquisito* (2017). Este tópico en particular se presenta en el cuento ya mencionado, “Ogedinrof”:

Surgió el levantamiento por la crisis de la carne. Los enfermos mermaron con el verano y la poca humedad, la Sección Alimenticia contribuyó con negligencia, los frigoríficos se vieron desocupados y las reservas enlatadas se acabaron. Carneamos a los del Presidio Central, a los del Hospital de Recuperación, a los de las casas de reclusión voluntaria. No sé cuánto duró esto, pero peligraba la

sociedad ante la urgencia de entrar a carnear en los barrios bajos (1973, p. 23).

Más adelante en el texto se agrega el tema de los embutidos: “Saltó un chorro y me manchó el pantalón; fue el primer chorro grana, caliente. Luego la sangre, cada vez más débil, empapó su barba, sus aún reaccionarios ojos azules, su pelo. A ojo calculé que alcanzaría para varios litros de esencia morcillera” (p. 24).

El sacrificio “para una causa mayor” de individuos de la especie humana, por momentos con base en la impronta de la superioridad de una raza o una clase, y el paralelo con la carneada de animales de matadero, en tanto canibalismo industrial, tiene lugar en ciertas sectas, solo algunas de ellas satánicas, donde se sacrifican cuerpos humanos y se devora su carne en honor a una entidad superior. Lo que ocurre, casi que por regla general, y esto también sucede en *Nuestra parte de noche* de Mariana Enríquez (2019), es que el cuerpo sacrificado, o mejor dicho sacrificable, es el del marginal, el de los enfermos, los presos o los pobres. Siempre es el del “otro” el cuerpo consumible, utilitario, destinado a producir beneplácito y satisfacer al resto. En *El hombre postorgánico* comenta Paula Sibilia que “el cuerpo humano, en su anticuada configuración biológica, se estaría volviendo obsoleto” (2009, p. 12). ¿Será esta la faceta que pretenden iluminar los cuentos de *El hombre olvidado*? ¿Un hombre que se va olvidando? ¿Un hombre que ya se olvidó? ¿Un hombre que debe olvidarse? ¿Un humano que se va olvidando? ¿Un humano que ya se olvidó? ¿Una humanidad que debería olvidarse como tal?

El canibalismo también suele relacionarse con el tema de las sectas satánicas que sacrifican cuerpos humanos en honor a una entidad superior, y en ese sentido es preciso reconocer que ya no estamos frente a un canibalismo industrial, como el que se mencionó anteriormente, sino a uno que implica un ritual religioso, un sacrificio para un dios, como era el caso de algunas tribus precolombinas y del caribe, o los tupíes (esto también sucede en *Nuestra parte de noche* de Enríquez). En la contemporaneidad se ha visto este comportamiento de canibalismo sectario con ejemplos en países como Alemania y Venezuela (Franco, 2010). El consumo del cuerpo humano como alimento, ya sea que pueda interpretarse con un fin espiritual o no, filosófico o religioso o no (sin olvidar la metáfora cristiana que contrasta, en parte, con el consumo “productivo alimenticio” de la carne humana por sus pares con fines prácticos), permite visualizar diversas perspectivas en cuanto al valor del ser humano en sí mismo y, por qué no, de la llamada “humanidad”. Sin ingresar a una discusión filosófica más profunda, que lo ameritaría, es necesario

someter a consideración que podrían observarse diferencias plausibles de objetivos entre el sacrificio ritual (o metafórico) de la carne, al modo del canibalismo de algunos grupos indígenas de antaño (o de la comunión cristiana) y la matanza del humano para consumo comercial. Hay una diferencia sustancial, que es la que opone una finalidad filosófica religiosa y otra utilitaria o mercantil, de consumo, como ya se adelantó.

En el penúltimo cuento del libro de Tarik Carson, en el cuento homónimo “El hombre olvidado”, se presenta el acto caníbal de devoración de la carne humana, aunque en el caso de este relato posee detalles que lindan con la narrativa de horror más punzante y estrepitosa. En su artículo “El horror en la literatura” (2017), González Grueso cita muy atinadamente a Noël Carroll (1990), cuando en su libro *The philosophy of horror, or paradoxes of the heart* este comenta que “el horror debe ser algo amenazante e impuro y que proponga una fusión de emociones de miedo y disgusto” (1990, p. 28). La relación de este horror con lo monstruoso, en cuanto presentación de lo desfigurado, lo ilimitado, lo exagerado, lo abyecto, lo que “acecha sin tregua, desde el afuera, al orden delimitado de la existencia” (Bravo, 200, p. 30), es bastante clara y se vincula, asimismo, con la cuestión de lo incongruente y lo imposible. Para el caso de este cuento, la deglución se constituye bajo una normativa híbrida, pues es a la vez que se propone la comida como un acto ritual (de una logia masónica) que también se dice que se condimenta y saborea la carne con especias:

Quando uno de entre ellos, por sorpresa o por error, dejaba que la semilla penetrase demasiado, y cuando la mujer quedaba así preñada, escuchad lo que hacían, más abominable aún. Extirpaban el embrión tan pronto como podían asirlo con sus uñas; tomaban luego aquel aborto, lo metían en una especie de mortero, mezclándolo con miel y otros diferentes condimentos, así como con aceites olorosos con los que evitaban la náusea. Luego se juntaban —comunidad de cerdos— y cada cual comía, valiéndose de sus pecadoras garras, porciones de aquella pasta de aborto y de sangre (1973, p. 88).

El caníbal siempre es el otro, desde Montaigne en “De los caníbales” (1580), pasando por el Calibán de Shakespeare de *La tempestad* (1611), Robinson Crusoe (1719), el antropófago cultural del *Manifiesto antropófago* de Oswald de Andrade (1928), el del ecuatoriano Pablo Palacio en “El antropófago” (1928), la novela *El escritor comido* del argentino Bissio (2010), hasta Bazterrica en *Cadáver*

exquisito (2017) o Enríquez en *Nuestra parte de noche* (2019). El “calibán” (que es un anagrama de caníbal) es el monstruo salvaje que devora a los demás, que es un bárbaro, como los charrúas que devoraron a Solís (según Borges) o los presuntos caníbales de las islas Sentinel de la leyenda mediática contemporánea. Son esos “otros” que “no son como nosotros”, e incluso son menos que eso, son brutos, menos que humanos, algunos de ellos pertenecientes a otras etnias, otras culturas, a otras religiones que no son la cristiana, con otras normas de vida que no son las del mundo “civilizado”. En el cuento “Un sueño viejo y oculto”, que es el último cuento de *El hombre olvidado*, el canibalismo toma definitivamente el derrotero de consumo, comercial, dirigiéndose hacia esa faceta del canibalismo industrial que no solo observa el proceso y consumo de la carne humana, sino que da un paso más y convierte todo lo anterior en parte de un experimento mayor, para el caso de este cuento: la elaboración de una sustancia afrodisíaca que rompe todos los récords de la industria farmacéutica. Sigue siendo la carne humana una mercancía de consumo para los mismos humanos, pero en este relato cumple con la peculiaridad de recorrer la línea que va desde lo ritual hasta lo mercantil y el consumo. Es ritual que en el inicio del cuento la cultura somalí le obsequie a Alejandro el Grande la sustancia “maravillosa”, pero, a medida que la narración transcurre, esa función ritual comienza a mutar, a transformarse en un tema científico, primero, y después en industrial, regido por las leyes del consumo y del mercado. Irónica, ambigua, quizás contradictoriamente, esta línea forma parte de un juego de pareado algo maniqueo, que mezcla lo afrodisíaco, en tanto estimulante de los instintos o fuerzas reproductivas (el *eros*), y la tortura y muerte de los sujetos experimentales “otros” que funcionan para la máquina que produce la sustancia estimulante (en tanto *thanatos*). Así, instinto de vida y de muerte juegan a los dados en el trasfondo filosófico y literario de este relato. De cualquier forma, en un principio era el *eros*.

Quando Alejandro el Grande invadió la península de Somalia, fue agasajado con un manjar desconocido —de mágicos atributos, según los sirvientes— que esa noche lo arrastró a preñar con furia a treinta nativas. [...] Antides hizo un desafortunado cálculo tomando como actividad natural treinta poluciones nocturnas, y llegó a la veraz conclusión de que la pulpa, además de la función erectora-
sementora, poseía otras maravillosas propiedades, las cuales podrían ser la rapidísima reposición de los tejidos y de la energía somática, o el crecimiento acelerado de los fetos y de las partes erógenas del cuerpo humano (p. 99).

Otra de las anécdotas “erótico-semesteras” con respecto a la ingesta de la pulpa que más tarde presenta el mismo relato ocupa a Napoleón Bonaparte, que realiza una hazaña similar a la de Alejandro el Grande, curiosamente también en Somalia. Somalia: tierra africana donde predominan las etnias de piel negra. Más allá de este guiño al tema de la alteridad mencionado en el inicio, asociado a la mera “utilidad” (y no al valor) de algunos seres humanos, hay otra cuestión que acentúa la extrañeza de esta narrativa: el tema de la telaraña de nombres y temáticas comunes, asociados a todos estos temas, que se entrelazan a través de los cuentos, no solo de *El hombre olvidado*, sino de la entera obra de Tarik Carson. Dentro del cuerpo mismo de *El hombre olvidado*, este último cuento, “Un sueño viejo y oculto”, se relaciona con el segundo del libro, “Inferencias sobre Pérez Loid”, y lo hace de manera directa: “En sus escritos, Pérez no se pudo dominar y mencionó, subrepticamente, la búsqueda de una panacea mágica de segura existencia, descubierta por los alquimistas africanos, que poseía todos los atributos de esta pulpa íncuba del presente (1973, p. 102). La alquimia, la magia, siempre están rondando la narrativa de *El hombre olvidado*, y así la relación con el canibalismo industrial que se profundiza en “Un sueño viejo y oculto”. En este relato, el fruto, la comunión de todos esos temas que se vienen avanzando es el “Gusano Rinonus, pacífico y portentoso revitalizador” (p. 102). La historia del Gusano Rinonus nace en el Congo, y tiene al hombre negro (africano) como protagonista. En este punto convergen varias ideas, algunas de ellas ya planteadas: el canibalismo, la existencia de cuerpos o entidades biológicas superiores e inferiores, unas que están en la punta de la pirámide alimenticia y otras que, pudiendo ser descartables (el cuerpo del negro), resultan productivas, consumibles, aprovechables. Es menester agregar que el Gusano Rinonus (GR69) se cultiva en los riñones de los negros, y que, inoculado con un tratamiento especial, se convierte primero en sustancia y mercancía afrodisíaca, con fines industriales y comerciales, y después en un remedio maravilloso, anticoagulante, antiasmático, antiepiléptico, que “hace crecer las partes deseadas” (p. 105), o, asimismo, para “ludir el pudendo de la parturienta, lo que facilita la expulsión de la criatura y consigue a esta una piel tersa, sin mácula, grano o pústula, por el resto de su vida” (p. 105).

Hay varios elementos que confluyen para ilustrar el universo ritual, el horror oscuro y satánico, desde el lado caníbal que atañe a este cuento. En un principio está el mundo de la seudociencia, dado que el GR69 (“una sustancia amarillenta, blanda y purulante”) es el descubrimiento de un monje trapense⁸ con nombre de mago alquimista: Havelock Cardapius, un científico que luchó “por la

satisfacción del magma humano” (p. 102). No es difícil reconocer los antecedentes de mejora de la raza, la paternidad de los Galton, Spencer y Hitler, entre otros más, y (atención que hay varios ensayos sobre Adolf Hitler que mencionan sus relaciones con sectas oscuras y ritos de sangre) más adelante el lado ritual satánico asociado al del canibalismo industrial. También el GR69 es un descubrimiento que pone sobre la mesa un tema urticante: los derechos humanos de los otros, de los marginales, de aquellos que en todas las épocas fueron material utilizable, manipulable, experimental y descartable. “¿¡Quién detiene a esta inmensidad llamada Hombre!?”, diría Hegel en *La fenomenología del espíritu* (1966). La respuesta la tendrá cada lector. En el cuento de Tarik Carson, el GR69, un gusano “de un colorcito blancuzco, y baboseante” (como el bicho que en la novela *El vivo* de la rusa Anna Starobinets de 2012 sume a los personajes en una especie de éxtasis eyaculatorio), que crece en el riñón del hombre negro hasta sustituir completamente el órgano y que emite un “un quejido semihumano” en el momento en que se corta el último cordón que lo une al negro, se desarrolla en un enorme centro de producción en la república sudafricana llamado el Apiario Negro, para finalmente comercializarse en tabletas, inyectables, pomadas y tónicos. En último término, es el riñón del negro lo que se come convertido en pulpa de gusano. La metamorfosis acompaña el movimiento de depredación caníbal, y lo comestible es el sujeto metamórfico, esa alteridad, ese otro que es otra cosa diferente a nosotros. Sin embargo, hay que decir que el lado ritual del canibalismo que va a acompañar al de la pseudociencia en la elaboración del GR69 no se pierde totalmente con el proceso de industrialización. Lo que acontece es una degeneración. Del poder ritual y mítico se pasa al poder del consumo mercantil, industrial.

El poder de la carne, el poder del cuerpo humano que se come, revitalizante y multiplicador, principia un matiz mítico-legendario que alude a varias de las etnias indígenas del mundo, para las cuales devorar al enemigo era un ritual con el que se accedía a su poder; se tomaban los atributos del otro y se incorporaba su fuerza natural. Eso acontecía en muchas de las tribus del mundo: algunas amazónicas, los caribes, los aztecas, los pigmeos, algunas tribus del Congo, los Korowai y los Fore de Guinea, entre otros. ¿Quiere decir esto que en la narrativa de Tarik Carson el que come el GR69 adquiere el poder del negro, del indígena, del salvaje, del otro, del primitivo? Depende del punto de vista y el acerbo cultural que se maneje. Consabido es que la virilidad del hombre negro forma parte de cierta mitología popular que suscribe la potencia, la grandiosidad y apetencia sexual de las etnias africanas masculinas. Para el caso de este cuento, ese poder representado

por el GR69, tanto en la versión popular como en la seudocientífica, le concede un inesperado poderío sexual a dos de los personajes históricos universales cuya sexualidad ha sido reiteradamente puesta en tela de juicio: Alejandro el Grande y Napoleón Bonaparte.

Ahora bien, dirigiendo la mirada hacia otros aspectos del tenor oscuro que puede encontrarse en *El hombre olvidado*, en el segundo cuento de la selección, “Inferencias sobre Pérez Loid” (1969), se observa que desde las primeras líneas existe una conexión con los temas más mágicos y oscurantistas, con ese perfil esotérico-satánico de la narrativa de Tarik Carson.

Murió Pérez Loid. A nadie apenó el hecho, más aún, muchos lo ignoramos para condolernos o no. Lo supe hace poco por un artículo póstumo aparecido en el suplemento literario de *La Nación*. Allí se comentaba su obra desconocida y casi inédita, su dilatada peregrinación por el Oriente, su único libro, mitad broma, mitad repulsión fantástica, titulado *Belcebú circuncidado o Defensa del gallo* (1973, p. 29).

A partir de este fragmento es posible detectar reminiscencias (por decir poco) de *Relatos de Belcebú a su nieto* de George Gurdjieff (1949), así como también de *Mission de l'Inde en Europe. Mission de l'Europe en Asie* de Saint-Yves d'Alveydre (1886), donde se habla de la búsqueda de Agartha (el mundo subterráneo debajo de la cáscara terrestre que también había descrito Athanasius Kircher), de una civilización perdida que podría ser tanto la de los atlantes o Lemuria, como la de los indios anasazis en Estados Unidos o la hermandad blanca. Tampoco hay que olvidar que en *Relatos de Belcebú* Gurdjieff hace referencia a viajes al Tíbet y al territorio oriental más recóndito. Se perciben, asimismo, ecos del mito de la fuente de la eterna juventud, y en ese punto vale la pena anotar que Hitler envió, en su momento, a una comitiva de su confianza en busca del Grial, la lanza de Longino y la entrada de Agartha en el Tíbet. Lo mismo se escuchan ecos de *Bestias, hombres, dioses* de Ferdynand Ossendowski [1930] y de Antonio de Herrera y Tordesillas con su *Historia general de los hechos de los Castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano* (1601), e igualmente efluvios de los grandes maestros esotéricos, como el satanista Anton Szandor LaVey (*La Biblia de Satán*, de 1969) o Aleister Crowley (*El libro de la ley*, 1904), de la magia afroamericana *hoodoo* de la calle Rampart en Nueva York o del Barrio Francés de Nueva Orleans, así como también de la imaginería alquimista y del mito del andrógino (¿exabrupto del primer

homosexual?): el ser más completo, según varias tradiciones, el Hermafrodito (hijo de Hermes y Afrodita) de la tradición griega, el *rebis alquímico* (la cosa doble) o el Purusha hindú. En este párrafo pueden leerse todas esas interferencias: “Cuando fui a su casa, hoy ocupada por su primo, este me dijo que aquel [Pérez Loid] había despilfarrado la herencia en ese irracional viaje por Oriente, en busca de la civilización perdida, del primer homosexual, de la fuente soñada por Ponce de León, o un sustitutivo casi seguro de esta” (1973, p. 30).

El hermetismo y las fuentes alquímicas prodigan ese lado de la seudociencia, ese lugar que ocupa la ciencia más asociado a los mundos de la literatura fantástica o incluso la ciencia ficción. Muchos de esos mundos han sido amparados, ilustrados y explicados por los escritos ocultistas de todos los tiempos, como la hipótesis sobre “mundos helados y candentes, de mundos cóncavos dentro de la roca universal, de lunas diversas, de cielos superpuestos, y hasta llega a tener por innegable a la tierra como un átomo de hidrógeno con su luna” (1973, p. 31). En los escritos de Pérez Loid conviven mitos griegos degenerados, transmigraciones delirantes, iniciaciones dolorosas y sobrenaturales, incorporaciones bestiales y otras mescolanzas entre mito, sexo y oscurantismo. Los desvíos y anamorfosis de la tradición bíblica están a la orden del día: que Jesús no había sido circuncidado, que María no era virgen, que Jesús era extraterrestre y dominaba a sus discípulos por un método de control mental, y que su origen fue una herencia dejada por los ovis en la tierra. Por otra parte, el tema de la circuncisión converge en el relato de Pérez Loid con el del hermafroditismo de Belcebú (príncipe de demonios) y su esencia salvadora de la humanidad, y asimismo con el exabrupto antes mencionado del homosexualismo asociado a los rituales satánicos y al mito purista del andrógino, con las sectas sexuales y la magia más exótica (la sociedad Duk Duk guineana, cuyas iniciaciones era fuertemente violentas para las mujeres y los hombres). Valga la cita larga para ilustrar estas derivaciones, en instancias en que Pérez Loid conoce a un intelectual con el que intima poderosamente:

Se hicieron amigos y percibió enseguida la tendencia de aquel hombre a una especie oscura de masoquismo-sadismo. Pérez Loid esperaba algo así para entregarse y redimirse, y se condolece de ellos. Había imaginado que tendría que ocurrir. Algo nauseabundamente describe el falo de ese hombre, se detiene más de lo necesario en mostrar su espesor, sus venas y la extremada anchura del glande descubierto y rosado que lo hizo sospechar judío; aunque el hombre no lo era y se llamaba Coleman. [...] Pese a su aspecto masculino,

el amigo no se hizo rogar. Pérez aprovechó la ocasión para verificar su tesis de que el macho tiene algo de homosexual, que una mera desviación lo invierte, y que las dificultades en la niñez —y con el otro sexo— solidifican esas torción involuntaria, hija del Demonio. [...] A diario Pérez Loid concurría a la casa del intelectual y leían la Biblia, el Corán, el Bahghavad Gita, textos rosacruces, masónicos, de la Sociedad Duk Duk, de la secta de los Haidi o de los Hermanos del Sendero Izquierdo. [...] Un día Pérez lo castigó en el pubis con una goma, entonces el hombre rompió el cordón secreto y lo redimió. Nuestro personaje salió lastimado en lo físico y tuvo que humillarse ante un médico. A los pocos días volvió mejorado ya mejorado, castigó al hombre, lo acopló a su vez, descubriendo que no era el primero, pues el otro, con flema y goce, resistió el acto y la brutalidad que conlleva (1973, pp. 35, 36).

Esta incidencia en torno a la androginia, la bestialización, la mutación aberrante, prosigue al adentrarse la narración en el libro *Belcebú circuncidado o Defensa del gallo*, de la autoría del personaje Pérez Loid. En el cuento se menciona abiertamente (como ya se adelantó) a Gurdjieff y su *Relatos de Belcebú...* Un Belcebú (el del relato de Pérez Loid) que, una vez circuncidado, se disuelve en una presencia inmóvil, despojada, sumido en su androginia deprimida, con el caballo blanco del dios “caído”. En las líneas que describen a los seres que pueblan el relato se dice: “Muchos han perdido las orejas, el cabello casi todos, otros muestran notorios signos palmípedos en pies y manos, la mayoría carece de pendejos, los falos y las vulvas se han uniformizado y mermado (no existen problemas dimensionales), la amenorrea es continua, etcétera” (p. 37). Algunos de estos tipos ya habían sido expuestos en “Ogedinrof”: la falta de cabello, los pies palmípedos.

Una de las cuestiones que asimismo torna interesante a esa parte “más oscura” de la narrativa de Tarik Carson es la convergencia de los temas esotéricos con los asuntos de temática “ovni”, civilizaciones extraterrestres y mundos posibles y futuros. Algo de esa estirpe tiene lugar en el cuento “Demasiado humano”, donde se relata un viaje del filósofo Friedrich Nietzsche a América en vapor y una aventura en territorio de las Azores en la cual un terremoto hace emerger y después vuelve a hundir a la Atlántida, el continente perdido. En ese tránsito, el propio Nietzsche va a descubrir una cápsula acerada que viaja sola junto al barco (que es capturada) y que en su interior trae un rollo manuscrito con expresiones herméticas, inaccesibles a toda erudición. Las ceremonias iniciáticas masónicas o

rosacruces que menciona el rollo manuscrito dan cuenta de discursos en los que se le habla en clave de libelo político a las generaciones por venir acerca del futuro de la patria y los aportes que los ciudadanos deberían realizar para reformar o corregir a las poblaciones desviadas del camino de la normalidad y la rectitud.

En el penúltimo de los cuentos, el homónimo que da título al libro, “El hombre olvidado”, la conexión con “Inferencias sobre Pérez Loid” es directa. El personaje principal es Fanton Coleman. Coleman, el amigo “no judío” de Pérez Loid, con quien este se familiarizara en rituales sadomasoquistas. Esa es solo una parte del vínculo, pues Coleman también es perseguido por una secta denominada los Inquisidores de Satán (IS).

Hoy supe que Coleman ha padecido esos temidos problemas con los Inquisidores de Satán: su casa en Rabat se incineró bajo llamas inevitables. De él nada se sabe. La disyuntiva es sencilla: o fue aniquilado o está oculto, tal vez aislado, sin esperanza, pero estoy seguro, sin desesperación. Por fortuna, tuvo el acierto de preservar lo que tanto le costó, el contexto de una experiencia fantástica, entre la inteligencia mística y los poderosos y secretos conocimientos (1973, p. 65).

Belcebú, Satanás, Lucifer, todas estas emanaciones del mal, funcionan las más de las veces como denominaciones del diablo. Sin embargo, Belcebú o Beelzebub proviene de *Ba'al Zvuv*, que significa “Señor de las moscas”, y así se les decía a los adoradores de Baal, en cuyos templos la carne de los sacrificios se dejaba pudrir, hecho por lo cual el lugar se llenaba de moscas. Satán, etimológicamente, proviene de *Shatan* o *Shaitan*, que quiere decir “adversario”, y es el ángel que Yavé manda a la Tierra para impedir que Balaam maldiga el pueblo de Israel. Shaitan es el gran acusador. La “inquisición”, uno de los componentes lingüísticos y semánticos que constituye el nombre de los perseguidores de Fanton Coleman (IS), trae aparejada, a su vez, la carga de acusador medieval que representaba la “Sagrada Inquisición”, el tribunal mayor del cristianismo que perseguía, torturaba y quemaba a brujas y magos acusados de herejía y tratos con el diablo. Para este caso, que funciona a la inversa, la quema del hereje Fanton Coleman es lo que persigue la secta de los Inquisidores de Satán. Son claras las relaciones que entrelaza este cuarto cuento del libro de Tarik Carson, que a la postre se llama *El hombre olvidado*, con respecto a los otros tres. “La inteligencia mística y los poderosos y secretos conocimientos” confirman el tránsito del relato. Las

doctrinas herméticas, el ocultismo, la brujería y las sectas satánicas vinculadas al culto al andrógino y al hermafrodita, la alquimia, los rosacruces, las logias de toda clase, Cornelius Agrippa, Paracelso, Hermes Trimegisto, Alberto Magno son las caras de la moneda oscurantista que, por momentos, se cruzan, se mestizan con cuestiones locales, con rituales fronterizos de Salamancas característicos de la zona riverense, la frontera con Brasil, que fue el lugar de nacimiento de Tarik Carson. Dicho esto, sin olvidar las demás señales geográficas y biográficas que se inscriben y entrecruzan en el cuento “El hombre olvidado”: el pueblo de Cocales en el departamento uruguayo norteño de Rivera, y Rabat, en el noroeste marroquí, pueden interpretarse como una relación estrecha con lo fronterizo, el diálogo con ese territorio demediado al que refieren los cuentos en varias oportunidades; o, en términos corporales, con la biología del andrógino y el hermafrodita, e incluso con la tensión masculino-femenino que se presenta en torno al vínculo carnal entre Coleman y Pérez Loid en “Inferencias sobre Pérez Loid”. La frontera siempre es un no lugar, el lugar del otro, de lo otro, aquel territorio compartido que no conforma nunca la unidad completa, “el pasaje que propicia encuentros y transgresiones” (Aínsa, 2006, p. 2). La frontera de lo raro, lo infame, lo sobrenatural, puebla los relatos de Tarik Carson, en especial estos a los que se refiere el artículo; la frontera entre lo que se es y lo que no se es, una frontera que da toda la impresión de perseguir y condicionar materialmente a sus personajes. Esto último se ve en la máscara (otra frontera, la de un rostro) que cubre el apellido real de Fanton Coleman, del que se sugiere un origen muy particular: “no es difícil inferir por el nombre Eymerich, traído por los siglos, la causa vengativa de esa memoria” (p. 66). Nicolas Aymerich (Nicolau Eimeric, en catalán) fue un teólogo católico e inquisidor de la Inquisición de la Corona de Aragón durante la segunda mitad del siglo XIV, al que se le conoce por ser el autor del *Directorium Inquisitorium* (Manual del Inquisidor), que definía la brujería y describía los medios para encontrar a las brujas. Obviamente los Inquisidores de Satán son el otro lado del espejo de la Sagrada Inquisición. Al fin y al cabo, todo queda entre inquisidores. La pugna maniquea del bien y mal, los de afuera y los de adentro, lo abierto y lo cerrado u oculto, lo sano y lo perverso, la natural y antinatural, emergen temáticamente y se manifiestan una y otra vez en esta narrativa. Como cuando se dice con respecto a la sexualidad en el pueblo de Cocales: “Otra brillantez de tal particularidad norteña era el saneamiento de la homosexualidad, cura que perduró años y hasta se extendió por el Uruguay. Lo llevaban a cabo en privado, lo que nos hace ver la preocupación por ocultar al mundo esa ‘contra naturaleza’” (1973, p. 68).

La homosexualidad no es un tema lateral ni menor en los cuentos de Tarik Carson. Está presente en “Ogedinrof”, en “Inferencias sobre Pérez Loid”, en “El hombre olvidado” y en “Un sueño viejo y oculto”. ¿Qué sucede en estos relatos con respecto a ese tema? ¿La homosexualidad y su búsqueda siguen pagando el precio de su división en tiempos de la mitología griega, cuando Zeus partió en dos al hombre y a la mujer por haber invadido el Olimpo? Como ya se ha avanzado, el vínculo que atañe a los cuentos en torno al tema de la homosexualidad parece ocuparse más bien de su relación con el andrógino, con el hermafrodita, con el ángel más bello, con la alquimia y las fuentes esotéricas del conocimiento.

En un sentido lateral, aunque no indiferente al del hermetismo u oscurantismo, otra de las temáticas asociadas al tema en estos cuentos es la del magnetismo (de *magnetitas*), un fenómeno por el que algunas piedras tienen el poder de atraer metales, curar y hacer milagros. El del magnetismo es un tópico que va a repetirse con asiduidad en la entera obra de Tarik Carson (aunque no atañe a este escrito), conectado al tema de la ciencia ficción. Del lado esotérico, una de las fuentes altamente representativas para la filosofía esotérica radica en los escritos de Madame (Helena) Blavatsky, quien decía que la palabra *magnetismo* provenía de *magh* o *magus* y del sánscrito *mahat*, el grande, el sabio, el ungido por la sabiduría divina. No es raro el imán que esconde Coleman en su morada: “Pero no pensó ni sacó soluciones del imán sobrenatural que ocultaba en el techo de su casa” (p. 73). Y luego:

Se ha conjeturado, y es muy probable, que tuvo que haber estado en contacto permanente con la Hermandad por medio del imán. Sabemos, por las confesiones de Fanton, que la mujer era una excelente médium y que por ella lograron comunicación con Montaigne, Jackson, Ambrose Bierce —que explicó su desaparición en el tumultuoso México de 1914—, y con el caudillo oriental A.S., muerto en pie de guerra, quien vagaba atormentado rogando paz y que no lo transmigraran al cuerpo de un perro (y que A.S. rogaba a gritos y que en vez de encarnación decía transmigración, son datos sugestivos para los estudiosos) (1973, p. 75).

Hay que ver cómo se van entrecruzando los datos y los nombres, los temas y los nombres, en este fragmento de “El hombre olvidado”. Montaigne dedica varias páginas de sus *Ensayos* (1580) al tema de los caníbales. El “Jackson” que se menciona en este relato podría ser Andrew Jackson, presidente de los Estados

Unidos, que hizo carrera en el exterminio de los indios americanos y también fuera acusado de canibalismo, bigamia y adulterio durante su campaña de 1828. Ambrose Bierce es el escritor norteamericano que escribió el *Diccionario del diablo* (1881-1906) y desapareció misteriosamente en tierras de Ojinaga (México), durante las campañas revolucionarias de Pancho Villa, y A.S. parece referir al caudillo Aparicio Saravia (Partido Blanco del Uruguay), quien peleó en una de las grandes batallas del Río de la Plata, en Masoller (1904), y que era un fronterizo del departamento de Cerro Largo. Puede apreciarse cómo el relato entretiene temas y personajes en su telaraña esotérica (los términos transmigración, encarnación, traducen solo parte de esa índole). Lo hermético, lo cerrado, lo encriptado, se transforma de esa manera en una clave fundamental para la lectura de la obra de Tarik Carson, como he querido evidenciar a lo largo de este trabajo.

Volviendo al magnetismo y al imán que queda al descubierto una noche de tormenta y apunta a la iglesia en “El hombre olvidado”, este tema se va a repetir en el relato, al entrecerse la acción magnética como máquina o mecanismo facilitador para convocar espíritus demoníacos. La repetición de la presencia diabólica y los juegos del mal escribe sus renglones en la biografía de Coleman, y se constituye, a la vez, en uno de los pilares narrativos teosóficos de los relatos. De igual modo, la idea irrefutable para Coleman de que “el mundo siempre estuvo, y está, dominado por sectas secretas que se valen de la mezquina condición humana para la consecución de sus fines tenebrosos” (p. 77), se congracia con los tópicos anteriores para constituir la esencia oscura de una galaxia narrativa, conjurando, al mismo tiempo, “la verdad terrenal, diabólica y sin refutación, de que el mal tiene más recompensas que el bien” (1973, p. 79).

Una vida, la de Coleman, que es un vagar por los infiernos del ser humano, los que provoca y los que padece el hombre, los que atrae la maldición de Fanton como fragmentos a su imán. Las encarnaciones, apariciones, incorporaciones, posesiones tienen menos de epifanía que de hechizo de magia negra. La oscuridad que deja como resaca la narrativa de Tarik Carson es concomitante con el quehacer monstruoso. Una monstruosidad que, para el caso de estos relatos, y como dice Moraña: “se construye sobre la base irrefutable de la corporeidad” (2019, p. 35). “La del monstruo es una corporeidad-límite que evoca siempre algo más o algo menos: una naturaleza hipertrofiada o una carencia, una precariedad o un exceso. Tal materialidad problematiza los límites del *bíos* y lo lanza en una búsqueda angustiada del Otro” (Moraña, 2019, p. 36). Es el

cuerpo monstruoso y maltratado de los personajes de “Ogedinrof”, el cuerpo de Pérez Loid y de Fanton Coleman, los que sufren colapsos, revientan, son torturados, mutan. La monstruosidad abyecta de los personajes de “Ogedinrof”, del Belcebú de “Inferencias sobre Pérez Loid”, del propio territorio excesivo de Cocales y sus habitantes desquiciados, propicia una lectura que nunca deja de lado al ser humano: su principal foco de agresión. La caída del hombre (del ser humano) parece ser el atributo de este verbo hecho carne que pronuncian los labios oscuros de una fuerza maligna que se extiende por todos los relatos de *El hombre olvidado*, que envenenan el pozo, al mejor estilo de Lautréamont en los *Cantos de Maldoror*. Otra vez en palabras de Moraña: “Lo monstruoso no es así tanto lo que se aparta del ser humano como lo que lo evoca” (2019, p. 37), aunque sea, como en este caso, en sentido negativo. De ese modo, y finalmente, el cuento “El hombre olvidado” entra en una zona roja que da cuenta de una carrera loca y decadente, las últimas peripecias, desgracias y excesos de Fanton Coleman. Es este un tránsito por los infiernos del ser humano, abundante en “sangre y esperma”, machos cabríos, libros negros, sacrificios, asesinatos, sectas, sodomía, masoquismo, flagelación, promiscuidad, brutalidad, mutilaciones, endemoniados, levitación y macumbas que no se agota en la constelación que constituye la parte más oscura de la narrativa de Tarik Carson. Las derivas de todos estos temas hacia los universos de la ciencia ficción y la literatura fantástica, en el primer caso para participar de los mundos distópicos que ciertas tendencias de la ciencia ficción acercan a ese extrañamiento cognitivo del que habla Darko Suvin, en tanto “espacio de extrañamiento poderoso, validado por el pathos y el prestigio de las normas cognoscitivas fundamentales de nuestro tiempo” (1979, p. 11), y, en el segundo caso, adhiriendo a un mundo en que “ciertas cosas no entran en el orden natural” (Campra, 2008, p. 29), conectan con una materialidad perversa, que perturba un sistema, un orden, una identidad (Kristeva, 2006) que obedece al mandato de lo abyecto, de ese “mal” que, según Eagleton (2010), en términos de autonomía, hace al hombre el más libre de los seres. Que lo hace libre, en definitiva, para comerse a los otros, como se come una vitamina, una cultura, un churrasco, a otro ser humano; como en “Un sueño viejo y oculto” el hombre deglute al Gusano Rinonus (ese que se inyecta, se desarrolla y se extirpa de los riñones de los negros): para ser mejorado, para ser más potente y perfecto, superior y, al mismo tiempo, según la colisión ideológica que presentan estos relatos de Tarik Carson, para refugiarse, recrearse, reconstituirse en un gigante corrupto, abyecto, apestado.

Notas

- 1 Revista *Universo*, 1. Montevideo, setiembre de 1970.
- 2 Plan Cóndor u Operación Cóndor. Campaña de represión política y terrorismo de Estado basada en la “Doctrina de la Seguridad Nacional”, respaldada por Estados Unidos, que apoyaba a los gobiernos militares dictatoriales del Cono Sur, quienes se encargaban de vigilar, reprimir, torturar y asesinar a los opositores del regimen dictatorial.
- 3 El grupo Constant vzw es: Pierre de Jaeger, Nicolás Malevé, María Puig, Laurence Rassel.
- 4 Francias Galton (1822-1911) fue un polímetra, antropólogo, geólogo, inventor, estadístico, meteorólogo, psicólogo y eugenista británico. Era primo de Charles Darwin, y aplicó los principios de la obra de este a la cuestión del ser humano y sus diferencias individuales.
- 5 Thomas Malthus (1766-1834) publica su *Ensayo sobre el principio de población* en 1803, obra en la cual mostraba que el crecimiento de las poblaciones era infinitamente mayor a la capacidad de la tierra para producir alimentos para el hombre.
- 6 En su “teoría orgánica de la sociedad”, Herbert Spencer (1820-1903) proponía que había pueblos biológicamente superiores e inferiores.
- 7 Adolf Hitler, canciller de la Alemania nazi. Führer, conductor de la política bélica y de control social del Tercer Reich.
- 8 La Orden Cisterciense de la Estricta Observancia, conocida como la Orden de Trapa, es una orden monástica católica reformada seguidora de la regla de San Benito, cuyos miembros se conocen como trapenses.

Referencias bibliográficas

- Aínsa, F. (2006). Del canon a la periferia. Encuentros y transgresiones en la literatura uruguaya. www.biblioteca.org.ar/libros/132463.pdf
- Antón, G. y Damiano, F. (2010). El malestar de los cuerpos. En G. Forte y V. Pérez (comps.), *El cuerpo territorio del poder*. Colectivo Ediciones.
- Campra, R. (2008). *Territorios de la ficción. Lo fantástico*. Renacimiento.
- Carroll, N. (1990). *The philosophy of horror, or Paradoxes of the heart*. Routledge.

- Constant vzw (2004). *Suturas y fragmentos. Cuerpos y territorios en la ciencia ficción*. Universidad Internacional de Andalucía.
- Damonte, M. (2020). La trampa de la continuidad-contigüidad y la crisis del espejo. Dos cuentos de Cordwainer Smith y Tarik Carson. En C. Paolini, M. Damonte y V. Frade (eds.), *Inmediaciones de lo distante. Estudios sobre ciencia ficción en la literatura americana*. Tenso Diagonal, Díaz Grey.
- Damonte, M. (2019). Tarik Carson. Una teoría de la amenaza. Narrativa de lo mutante, sabotaje humano y poética de la invasión. Tenso Diagonal, Díaz Grey.
- Da Silva, T. C. (1973). *El hombre olvidado*. Géminis.
- De Andrade, O. (2008). *Escritos antropófagos*. Corregidor.
- Dei, D. (2008). *Lógica de la distopía*. Prometeo.
- Eagleton, T. (2010). *Sobre el mal*. Península.
- Franco, F. (2008). El fenómeno de las sectas satánicas en la ciudad de Mérida (1991). Un recuento a través de las imágenes en los periódicos. *Presente y Pasado*, 25, 167-178.
- González Grueso, F. (2017). El horror en la literatura. *Actio Nova. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 1, 27-50.
- Hegel, G. W. F. (1966). *La fenomenología del espíritu*. Fondo de Cultura Económica.
- Kristeva, J. (2006). *Poderes de la perversión. Ensayos sobre Férdinan Louis Céline*. Siglo XXI.
- López Keller, E. (1991). Distopía. Otro final de la Utopía. *Reis*, 55, 7-23.
- Lugmayr, M. (2008). La larga sombra de Hitler: una contribución al debate actual sobre la eutanasia. *Cuadernos de Bioética*, XIX(1), 147-152.
- Moraña, M. (2017). *El monstruo como máquina de guerra*. Vervuert.
- Saldías, G. (2015). *Teoría de lo distópico y su presencia en la narrativa tardofranquista española (1965-1975)*. [Tesis doctoral en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, Universitat Autònoma de Barcelona]. <https://tdx.cat/handle/10803/295707>
- Sibilia, P. (2009). *El hombre postorgánico*. Fondo de Cultura Económica.
- Suvin, D. (1984). *Metamorfosis de la ciencia ficción*. Fondo de Cultura Económica.